LIBRO DECIMO TERCERO.

Ya en México se sabía por Motolinia y por muchos convertidos de los que concurrieron á la gran asamblea del Matlalcueye, el feliz éxito que obtuvo el discípulo de Don Vasco y de Valencia; y esto hacía concebir grande esperanza de iguales resultados en Michoacan, si allá iba el Príncipe de Texcoco. Esa dócil nacion, ultrajada cruelmente por el bárbaro Nuño de Guzman, se habia sublevado, y estaba por sustraerse del todo al dominio de Castilla, y muy breve se constituiria en desastrosa lucha: estas nuevas sucedíanse unas á otras en la capital de Anáhuac, y no se sabía de qué manera conurar el mal.

Nezáhual fué recibido de los Oidores con señaladas muestras de admiracion y reconocimiento, y Fuenleal y Don Vasco y el humilde Valencia no tardaron en exitarlo á poner término á su obra, tan felizmente ensayada en los sucesos de Tlaxcala y Cholula. Ecuangári dado por su amigo á conocer como un reciente adorador de Jesus y como uno de los próceres del sublevado reino, aseguraba la esperanza en el éxito feliz de una mision á la que prestaria su poderoso apoyo. Don Vasco, Fuenleal y Valencia bendecian á los neófitos al despedirse estos para marchar á Huitzitzila.

Partieron, pues, Nezáhual y Ecuangári. Once veces los valles y las colinas se habian rejuvenecido y las aves habian edificado nueva morada, desde que aquel habia atravesado los mismos parajes y recorrido las mismas sendas; y de entónces á hoy ¡cuántos cambios en los hombres y en sus cosas! La primera vez, el hijo de Ayauhcíhuatl iba con los embajadores del rey de México, para pedir alianza contra extranjeros terribles, que lanzaban el fuego mortífero de sus armas y se servian de unas fieras para el combate. En esa vez el inexperto sentia los primeros impulsos de las pasiones; y el cielo de azul suave, y las risueñas colinas, y el calor benigno y los bosques fragantes de las regiones felices de Michoacan, habian exaltado los primeros afectos del raptor de la malograda Juriata. Mas hoy era el amor del Cristo lo que hacía volver á esas regiones al

amante de Papantzin. Y sin embargo, su corazon despues de mucho era presa de las mismas pasiones; pero ¡cuán diferentes! si el Dios invisible y desconocido se estaba sirviendo de ellas para unos designios que Nezáhual apénas presentia. El Dios que á Juriata no fué dado conocer, cuyo culto pronosticó á su raptor la que yacía en las playas de Zacatóllan, hoy conducía á Nezáhual á la patria misma de la infelice, y en esto sin duda se ordenaba una expiacion; porque ¡cuánto es triste reconocer despues de muchos años y de tantos cambios de la vida, los sitios que fueron teatro de nuestros primeros viajes, pasiones y faltas! ¡Sauces que sombreais los floridos valles de Queréndaro, vosotros gemisteis al éeo de los suspiros del Texcocano, cuando al descubrir las frondosas montañas de Guayangaréo, sintió avivarse en su alma recuerdos muy tristes de su primera juventud!

Al cabo de diez soles, la hermosa Tzintzúntzan estaba á la vista de los viajeros, con su innumerable caserío, sus quintas y sus bosquecillos de mirto, recreo de los colibrís, con el espléndido lago de verde oscuro márgen, con el cortejo de multitud de aldeas y ciudades que llenaban sus contornos. El Príncipe azteca reconoció conmovido los horizontes y el cielo hermoso de la patria de Juriata. Mas ¡cuántos cambios y trastornos en la opulenta corte de Tangajoan! ¡Los palacios de los grandes habian desaparecido, y en su lugar se alzaba la moderna edificacion de los extranjeros! Solo que allí

no se alzaban *teocallis* al nuevo Dios, y los antiguos vasallos de Sintzicha ni oian la voz de los *teopíxqui* ni querian venir á la vida civil, al paso que muchos arrastraban entregados al despecho una existencia miserable de vicios y mendicidad, y ¡los mendigos eran los hijos del país, y los opulentos eran los blancos! Los montes y las selvas estaban llenos de los que detestaban á los verdugos del desgraciado monarca, que no bien recibiera el baño sagrado del nuevo Dios, cuando una hoguera y el despojo de sus tesoros fueron el pago de su dócil sumision á Castilla.

Era Don Antonio Huitzimangári, hijo del desdichado Tangajoan, el Gobernador de Tzintzúntzan como lugarteniente de los blancos, y su mentido señorío no lo era ménos con los mismos súbditos de su real padre. Ante él se presentó Nezáhual acompañado de su amigo, exponiendo el asunto de su embajada, y supo bien pronto por el degenerado Príncipe cuán difícil era conseguir de sus compatriotas, la verdadera sumision al culto de los castellanos y á la vida social. No obstante, se convocó la nobleza y el pueblo para que les hablase el no desconocido Príncipe de Texcoco.

La nueva de que ya Ecuangári, el amigo de Nezáhual, era servidor del Dios extranjero, cundió en Huitzitzila con sorpresa de todos; pero los que habian visto que muchos magnates recibieron el baño sagrado solo por congraciarse con los dominadores, eso mismo juzgaron

del sobrino de Tangajoan. No obstante, el prestigio del recien convertido sirvió para acrecentar el número de los concurrentes á la asamblea.

En ella se presentaron Ajayacatl y Siguangua, señores de Tzirosto é Iguátzio, que con sus esposas Cuinieranguári y Tzitnzun habian recibido el bautismo de mano del misionero Martin de la Coruña, quien por amor al Cristo quiso cambiar su nombre en el de "Martin de Jesus." Acudieron tambien algunos nobles: Huibil, conocido por sus riquezas; Huimare, por su desafecto á los blancos; Tzapicahua y Acuítzan, de los que habian ido con el hermano del Rey á prestar sumision á Hernando Cortés pidiendo la paz y alianza de Castilla, recien tomada Tenochtitlan; Nanuma, que fué gefe de los ejércitos de Tangajoan, y hoy era de los más fervorosos servidores del Dios invisible. Se presentaron tambien Cuítzan, Cuara y Achatemba, señores de varias ciudades de las montañas, que en esos días se hallaban en Huitzitzila. Los plebeyos acudieron en considerable número.

El príncipe Gobernador habló el primero á los de la asamblea, haciéndoles saber cómo el príncipe de Texcoco venía enviado por el Obispo Presidente de la Audiencia y por Don Vasco y los otros gobernantes, para ocuparse solo del bien de los antiguos vasallos de Tangajoan. Hizo despues un amargo recuerdo del suplicio del rey su padre, que conmovió á su auditorio, y de las

atroces vejaciones de Nuño y sus secuaces, que hoy ya no gobernaban y estaban ausentes en la guerra con los teochichimecas de Jalisco. En seguida hizo notar que ya el mándo no estaba sino en poder de hombres muy buenos y piadosos, como el Texcocano lo aseguraba, y lo afirmaba Ecuangári que recien vuelto de Tenochtitlan habiales visto y hablado con ellos.

Nezahual tomó la palabra:

"Vosotros sois los padres y madres del pueblo que siempre os há respetado, (dijo dirigiéndose á los nobles, y hablando en lengua de Michoacan,) y sois como los ojos, la boca y oidos del Dios todopoderoso é invisible; y si ántes no estuviérais seguros de lo que habeis de pensar y desear y poner por obra, hoy que el trastorno de nuestros reinos se ha hecho inevitable por sucesos que nos asombran, ¿qué harán los pobres macehuales que son como los niños, dóciles á lo que dicen los mayores, y que por sí aman ó aborrecen lo que se les enseña á amar ó á aborrecer? ¿Qué os diré, pues, ya que os quiero como á mis hermanos, como hijos que somos todos de una comun desdicha?"

"¿Os diré acaso que sirvais y obedezcais á Guzman y á los que le acompañan, tan ingratos y bárbaros como los othomites? Jamás os lo diré. Ni tampoco vengo á ensalzaros el dominio de Castilla como su cobarde aliado. Pero, sí, ha venido vuestro hermano y amigo á rogaros no os desdeñeis de escuchar sus palabras, muy

desaliñadas y que serán causa de que os duela la cabeza y estómago."

"Los de vuestra nacion y los de la nuestra éramos en un tiempo enemigos irreconciliables, y jamás creí llegase el dia en que una comun desgracia nos hermanase de tal suerte que hoy ya se nos confunde y todos somos *indios*, como nos llaman los de Castilla. La caida de la gran Tenochtitlan México y la esclavitud de los acólhuis, pudo con razon alegrar algun tiempo vuestras almas, pues que de nosotros nunca recibisteis sino guerra y enemistad. Se creyó que el mal pararia en los acólhuis; pero despues fué visto que la desgracia era comun, y Nezáhual nunca pudo alegrarse de esto, porque á los de Michoacan fué siempre inclinado su corazon, y no lo tiene erizado de espinas para gozarse en que su mal sea tambien el de otros."

"¡Cuánto me duele lo que habeis sufrido en vuestra persona y en la de vuestro desdichado Rey, y yo quisiera que penetrando en el fondo de mi alma vieseis allí los profundos pesares que en él se encierran, de vernos sujetos á todos al dominio de los blancos! y creo no ignorais que ninguno como Nezáhual se obstinó tanto tiempo en oir ni á ellos ni á sus *teopíxqui*, cuando se le hablaba de su culto y de su Dios."

"Pero ha sido fuerza ceder á lo que mis ojos han visto, y mis oidos escuchado, y mi corazon sentido: ¡Michoacanos, no todos tendréis enfado en lo que os diré!

Los *teopíxqui* blancos no son como los guerreros sus compatriotas; y los que hoy gobiernan en Tenochtitlan México son para nosotros como padres y madres; y Don Vasco, uno de los *tlatoáni*, es tan bueno para nosotros los que no somos de Castilla, como no lo fuera para vosotros el mismo vuestro famoso rey Tariácuri! ¡Oh! sus palabras son como las de las madres á sus chiquitos, y su compasion á los nuestros que tienen hambre ó andan desnudos, le hace dejar muchas veces los negocios de la república. Don Vasco me ha enseñado la ciencia sagrada del Dios víctima, y ese Dios es el verdadero, y ha muerto por todos, los blancos y los *no blancos*, para redimirnos de los males del otro mundo y aliviarnos de los que en este nos vemos obligados á sufrir."

"Si Don Vasco, pues, y los *teopíxqui* nos abandonan, os juro por el Dios muerto, amigos de Nezáhual, que léjos de venir á persuadiros la paz con Castilla seré el primero en excitaros á la rebelion. Pero si aquellos (los nuevos gobernantes y los *teopíxqui*) se desvelan y afanan en remediar nuestras dolencias, hasta el punto de declararse enemigos de sus mismos compatriotas por librarnos de sus vejaciones, ¿para qué resistir á lo que ya es inevitable? El Dios del Cielo ha querido que los blancos se enseñoreen de nosotros, bien así como los leones con los ciervos espantados. Mas en ello no ha faltado la misericordia; pórque ¿qué hombres se han

visto como los *teopixqui* blancos, que no duermen, sino velan, para pedir á su Dios por nosotros, ni comen de las viandas de su país sino de las nuestras muy pobres que les ofrecemos, ni descansan en nuestra defensa sino que ván á quejarse ante el monarca mísmo de Castilla, acusando á los que nos oprimen, como yo lo he visto en mi destierro?"

"Ahora, hermanos de Nezáhual, (así os ama mi corazon,) ¿quién podrá sino ellos aliviar el mal que nos consume? ¿Créemos acaso que la rebelion y la lucha nos darán la salud? ¡Ah! eso solo podrá llevarnos al exterminio! ¡Yo he visto las dos mayores islas de las grandes aguas por donde Tonátiuh se levanta, y allí los de nuestro color han acabado en su imprudente rebelion! Pero me diréis: "queremos más bien morir que llevar una vida de miseria;" y por qué no responderos: vivamos y estemos en paz si los *teopíxqui* nos amparan como padres y madres á sus hijos, si los *tlatoáni* que nos gobiernan son como Fuenleal y Don Vasco, segun hoy está permitiéndolo el Dios todopoderoso; empero si los *teopíxqui* nos abandonan y los *tlatoáni* llegasen á ser como Nuño y los que le siguen, murámos más bien, y rebelémonos, y yo seré el primero en levantar el estandarte."

Entónces alzó su voz Nanuma, el bravo general de las antiguas huestes del reino invencible para los de Anáhuac, y dijo:

"Grande es la amargura de contemplarnos humillados, hasta el punto de ver arder á nuestro rey de órden del bárbaro Guzman, y de ser hoy como unos *cuitlatecos* (esclavos) delante de los de Castilla, sin que ninguno de nosotros valga para esa gente más que sus mismas fieras; pero ¿quién negará lo que muy bien y con palabras tan ordenadas y exquisitas ha dicho Nezahualpílli? El Dios de Castilla invisible y verdadero, quiere castigarnos; mas tambien se apiada de nosotros, porque es verdad lo que Nezahualpílli amigo de Ecuangári, ha dicho de los *teopíxqui* y de los nuevos *tlatoáni* de Tenochtitlan México."

Hizo despues Huimare una reseña de las depredaciones cometidas por los de Castilla y los aztecas que seguian á Nuño, en los dias de su tránsito por Miochoacan al país de los teochichimecas, y vaticinó que los nobles y los plebeyos de todas las naciones de Anáhuac serian el desprecio de los blancos, pasados años, y no quedaria ni la memoria de la grandeza del poderoso reino de Tangajoan. Eso mismo dijeron Jánin y Sihuangua, consejeros del antíguo monarca, conocedores de la instabilidad de las grandezas de la tierra. Este agregó conmovido:

—"El reino á nadie pertenece: no es ya de sus antiguos Señores, cruelmente ultrajados por el extranjero; no es tampoco de Castilla, pues los de allá se asustan de ver á un pueblo tan temible no declararse en abierta

rebelion contra tan bárbaro enemigo, sino huir á los montes, bien así como el leon mal herido huye del cazador, clavado el dardo y sin volver sus ojos. Mas ¿qué verémos luego? ¡Los hombres de los bosques se tornarán fieras, y el dolor llevado al desierto engendrará la ira desoladora! ¡Vendrá la guerra, y el esterminio cundirá como el fuego!"

"¡Quién curará la herida que nos hace gemir en el alma! ¡Pórque la insolencia de los blancos es como un dardo envenenado que á cada uno de nosotros entró al corazon, y ni á los niños, ni á los ancianos, ni á las mujeres, ni á los hombres de combate deja de emponzoñar tan cruel veneno!"

A estas palabras el Orador estalló en llanto, cesó de hablar, y en la asamblea se levantó un gemido y un clamor semejante al de los huérfanos arrojados de la casa paterna. Nezáhual lloró con ellos, y ya no supo qué decir. A este desahogo sucedió el silencio que nadie osó turbar. Levantóse el gobernador seguido de Nezáhual y Ecuangári, y tras estos los nobles y los plebeyos abandonaron el recinto de la asamblea.

Tan lastimosa demostracion abatió profundamente al Texcocano, porque era visto que se deseaba el remedio pero que el mal no habia quien lo curase. Ni entre los mismos próceres habia el prestigio necesario, para lograr que su nacion se prestase á obedecer las nuevas leyes y escuchase las consoladoras insinuaciones de la

nueva religion. En su funesto despecho y como en desquite de los ultrajes recibidos, los hijos de Michoacan á nadie obedecian, dándose á la disolucion y al asesinato, y aquellos que fueron lavados con el agua santa, nada observaban de la doctrina del Cristo; el mismo Gobernador era notado de conocer más de una esposa, contra el precepto antiguo de Dios intimado por los Predicadores. Estos, perdida la esperanza de ver el fruto de sus tareas, habian por fin abandonado á los rebeldes, y no se veian de los blancos sino los que llevaban la espada, y los encomenderos, de los que muchos ayudaron á Guzman en sus bárbaros ultrajes. Nezahualpílli conoció bien pronto su débil poder, para convertir á los de Michoacan al servicio del verdadero Dios y para sacarlos del abismo de sus miserias. Para tamaña empresa reconoció ser necesario un hombre, tan bueno como poderoso, que pudiese mandar sobre los mismos blancos, y que á la vez tuviese un corazon de paternal ternura como lo requeria esa gente de Michoacan, de dócil y generosa índole: ese hombre..... era Don Vasco: el próvido Dios quizá lo destinaba en su misericordia para ese infortunado pueblo.

No obstante el desengaño de su impotencia, el antiguo amante de Juriata se hizo admirar por la resignacion y el amor con que procuraba los intereses del Dios invisible y el bien de sus hermanos, en todo el tiempo de su permanencia en el país de Ecuangári. Con este iba